

Un concurso literario, verdaderamente original, que revolucionará la técnica de los Juegos Florales, aparece convocado en el diario «La Mañana», de esta ciudad. Los trabajos participantes podrán ser de cualquier tema modalidad literaria, pero serán adaptados por la organización en forma de representación escénica y presentados al público como obra teatral, musicada y coreografiada, después de una selección rigurosa entre los concursantes. El jurado que ha de pronunciar el veredicto estará integrado por los 2.000 espectadores que emitirán su voto

secreto, y con entera independencia unos de otros. Luego, un notario de esta capital se encargará de hacer el escrutinio y anunciar el fallo. El concurso trata de conseguir la incorporación del público a las inquietudes literarias. Se han establecido dos premios de 5.000 pesetas a las mejores composiciones en verso o en prosa. En total, los premios suman 20.000 pesetas. Los trabajos han de limitarse a una representación escénica de diez minutos y remitirse a dicho diario antes del día 12 de abril. El certamen constituirá una gran fiesta de gala, en el teatro Principal, en los días de la Fiesta Mayor de Lérida, con motivo de San Atanasio.

ancora

SAN FELIU DE GUIXOLS

20 DE MARZO DE 1952

CARNET DE ARTÉ

ALGO SOBRE LA BIENAL

EN MADRID

Unos encontraron bien, y otros mal, la Bienal.

Discutióse allí, apasionadamente. Dividióse en bandos, la gente.

Los graves varones—los de «San Fernando»— que opinan tan solo muy *de vez en cuando*, se escandalizaron desde sus sillones, lanzando anatemas, y hasta excomuniones.

No es porque no hubiese artistas geniales ni obras admirables.

Mas junto a esos tales, ya reconocidos, muchos *indeseables* fueron admitidos, resultando aquello una algarabía, pues las obras malas eran mayoría.

Por ello el «Jurado» que aceptó esas obras, fué muy censurado—sabido es de sobras—; como lo serán—y sin paliativo— estos comentarios que ahora yo escribo.

Hubo entre los críticos, polémica y gritos. Se excitó la gente al leer sus escritos. Fué eso propaganda cómoda y gratuita, pues siempre el escándalo atrae e incita...

Ya todos desearon saber que era aquello: si feo y horrible, si agradable y bello. Y allá fué el curioso, y el impertinente.—¿Donde vas Vicente?— Donde va la gente.

No apartó a ninguno ni el viento ni el frío. Allá fué la plebe y fué el señorío. Hubo en las taquillas muy grande agobio...

Nunca se había visto en ninguna parte, tanto mujerío en «Salones de Arte». Do van las mujeres, los hombres las siguen. Dos cosas a un tiempo con ello consiguen; jno es ya grave daño ver pinturas raras, con el dulce apaño de tan lindas caras!

¡Quién imaginara que en un «Jubileo» la Bienal trocara, lo bello,...y lo feo!

No se vió una sala ni un momento sola. Ante alguna de ellas hasta se hizo cola. Los pobres conserjes, y los «cicerones» las víctimas fueron, de los empujones.

Los guardias del orden no eran suficientes a evitar disputas ni a calmar las gentes. Todo fué algazara, bronca y griterío. Había en algunos, violenta quimera. Y acaso la sangre no llegó hasta el río, porque el Manzanares, lejano anduviera de aquellos lugares!

EN BARCELONA

«Madrid —escribe el crítico de arte A. del Castillo— tuvo la l

Bienal Hispano Americana de Arte, entera. Barcelona tiene la antología de la Bienal, esto es, la Bienal sin la chatarra, sin la calderilla y la moneda falsa. Ciertamente que entre los artistas seleccionados echamos de menos bastantes pintores de positivo mérito.

Pero aún con esta forzada laguna, la Bienal barcelonesa lleva a la madrileña la ventaja de la criba y la concentración.

Los visitantes no se ven obligados a dispersar su atención por parajes que no merecen un detenido exámen, ni a pasar de largo por sala ni rincón alguno. No hay aquí paja, sino grano»

¡Suerte que Barcelona tiene! diremos nosotros. Porque una exposición así, refinada y seleccionada, además de ser doblemente interesante, resulta infinitamente más educativa; porque en general, la gente poco experta —que es precisamente la que más necesita instruirse— o bien cree que todo cuanto se expone en certámenes tan importantes es cosa de mérito, aunque ella no acierte a verlo, o bien al contrario, lo toma todo a burla, desconfía de todo, y acaba creyendo malo incluso lo mejor.

A pesar pues de sus reducciones —dijéramos mejor, gracias a ellas,— resulta esta Exposición una de las más interesantes y completas que se han podido ver en la Ciudad Condal.

No es mucho lo que podemos extendernos al tratar de ella, pero no hemos querido que en ANCORA dejase de aparecer al menos la alusión o el reflejo de manifestación de Arte tan importante. Figuran en la exposición, entre otras muchas, las obras del pintor Vázquez Díaz, a quien fué concedido el gran premio de honor; las de los pintores americanos Bernaldo de Quirós, Moraña y Winternitz; las de los grabadores Alfredo Guido y López Durube, y las de muchos de los pintores catalanes de más renombre, entre ellos José Amat.

Precisamente cuatro artistas catalanes merecieron el honor de que se les destinaran salas propias: Clará, Colom, Sunyer y Dalí.

La obra más importante de este último es sin duda el famoso Cristo, del cual ya se ha tratado en ANCORA con acertada visión, fina sensibilidad y agudeza crítica por L. d'Andraitx.

Y puesto que de tal pintor surrealista tratamos, y con respecto a su nueva posición, llamada por algunos *neo misticismo*, creo que no estará de más, co-

nocidos los antecedentes del famoso pintor ampurdanés, sacar a colación aquellos dos tan populares refranes: «Tras la Cruz está el diablo» y «El demonio, hartado de carne, se metió a fraile».

Artemio

Sintonia

Ni tanto ni tan calvo

Aunque éste sea el título de una flamante revista, me parece a mí excelente para rotular estas líneas en comentario de cierta fobia que recientemente distingue a un ilustre semanario en tantas cuantas ocasiones puede arremeterlas contra el llamado genio de Cadaqués.

En la pasada semana, para no ir más lejos, con motivo de escribir la antología de la Bienal—tan distinta y tan distante del sereno comentario que hoy Artemio le dedica en estas páginas— pudo un escritor de la ilustrada revista apostrofar a Salvador Dalí de falso insensato ampurdanés.

Sin ánimo de intervenir, quitar ni añadir nada en la polémica creada en pro y en contra del pintor figuerense, sí que nos parecen descaradamente excesivas esas frases que, como la transcrita, obedecen a algo más que nada tiene que ver con la crítica que en todo momento debe ceñirse escrupulosamente a la ecuanimidad más absoluta.

Y nuestra perplejidad es doble en este caso, por cuanto vemos la frase escrita en las mismas páginas que, todavía no hace mucho, tanto se divirtieron y nos divirtieron coreando las excentricidades de Dalí, presentándolo como un genio de verdad, bendecido y aclamado, sin excepción, por todos los dioses del Olimpo.

Ni tanto entonces, ni tan calvo ahora. Con un poco más de ecuanimidad, sabríamos todos como mejor atendernos en un asunto en que, francamente, cada día nos resulta más embrollado.

Y el lector—como nosotros somos de la ilustre revista barcelonesa— tenemos el derecho de exigir que los juicios se escriban con los moldes de mayúsculas que prescribe la conciencia.

Pol

INTRASCENDENCIAS

UN ESCOLLO

A la amable señora que cose junto al mostrador

Ocurrió un jueves durante la fiesta patronal de un gremio.

Mi amigo y yo entramos en el baile, y nos sentamos en unos cómodos butacones.

A pesar de lo concurrida que estaba la fiesta, frente a nosotros y a cierta distancia quedaban aún tres sillones sin ocupar.

A poco de llegados, mi amigo, que es un bailarín empedernido, me había abandonado y por la pista marcaba los compases de los mambos, como si tal cosa, dando y recibiendo empujones por todas partes.

En los intermedios iba de un lado para otro, alternando con el elemento femenino con tal desenvoltura que francamente daba gusto verle.

En un momento en que incidentalmente estaba sentado a mi lado, entraron en el local dos muchachas que fueron a sentarse en los sillones de enfrente.

Una de ellas, al parecer estaría poco tiempo, pues continuaba con el abrigo puesto.

—Voy a invitarla a bailar— dijo mi amigo.

Y salió disparado, a ocupar el tercer sillón.

Extrañado quedé al ver que la muchacha le negaba el baile.

Con cara de persona que acaba de oír algo inconcebible, mi amigo inició lo que supongo interesante conversación, con ademanes a veces exagerados y a veces discretos. Violentos en ciertos momentos y suavísimos en otros.

Todo inútil. La muchacha no se decidía a bailar.

Empecé a sentirme incómodo y miré a los lados como para disimular.

Pasó un tiempo. Mi amigo bailó con otras chicas y al dirigirse de nuevo a la muchacha del abrigo, se detuvo un momento para decirme muy preocupado:

—Que cosa tan extraña: no quiere bailar.

—Si— le dije preocupado también — Qué raro.

Volvió al ataque, pero la muchacha con gran destreza y muy amablemente continuaba negándose a bailar y yo removiéndome incómodo en el sillón.

Hablaron largo rato, mi amigo siempre con cara de hombre a quien sucede lo inconcebible.

Luego, al cabo de mucho tiempo una sonrisa de comprensión iluminó su rostro, notando con ello y por mi parte, cierto alivio.

La joven y su compañera se levantaron. Mi amigo también.

Se despidieron todos muy contentos y las muchachas abandonaron el local.

Transcurrieron unos segundos y luego paso a paso, mi amigo con cara francamente sonriente vino a setarse a mi lado.

Se acomodó bien. Con parsimonia, de su bolsillo sacó un cigarrillo. Le dió unos golpecitos contra el brazo del sillón y lo encendió.

Después, muy lentamente, sonriendo por lo bajo y con la mirada puesta al infinito me dijo:

—¿Sabes por qué no ha querido bailar?

—.....

—¡Pues porque hubiera tenido que quitarse el abrigo!

—.....

—¿Y sabes por qué no ha querido quitarse el abrigo?

—.....

—¡Pues porque no llevaba el vestido de los domingos!

Mi amigo absorto continuaba mirando al infinito, mientras yo en mi interior, experimentaba una gran sensación de alivio.

Llif Odall